



EL PATRICIO
DE FUENTE ÁLAMO

Leonardo Velasco

EL PATRICIO
DE FUENTE ÁLAMO



Primera edición: junio de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Leonardo Velasco

ISBN: 978-84-18828-26-3

ISBN digital: 978-84-18828-27-0

Depósito legal: M-19757-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi madre, por todo

ÍNDICE

NOTA DEL AUTOR.....	11
CAPÍTULO 1. LUCIUS FABIVS VIBVLANVS.....	13
CAPÍTULO 2. VILLA LIVIA	29
CAPÍTULO 3. YAKOV MIKHAILOVICH.....	43
CAPÍTULO 4. EL SARCÓFAGO ROMANO DE FUENTE ÁLAMO.....	51
CAPÍTULO 5. EL NUEVO YAKOV	65
CAPÍTULO 6. METEMPSICOSIS	71
CAPÍTULO 7. ZAMIR.....	87
CAPÍTULO 8. ALISON.....	99
CAPÍTULO 9. MITRA	109
CAPÍTULO 10. EL CÓDIGO AVÉSTICO	125
CAPÍTULO 11. EL MINOTAURO	137
CAPÍTULO 12. LA FIESTA.....	159
CAPÍTULO 13. EL CLUB DE ALTERNE.....	167
CAPÍTULO 14. IOANA.....	175
CAPÍTULO 15. LA HUIDA.....	181

NOTA DEL AUTOR

La obra construye una historia novelada tomando como base el yacimiento arqueológico de Fuente Álamo en Puente Genil (Córdoba). No se ha pretendido ser fiel a la realidad. Por lo tanto, las descripciones que se realizan del yacimiento y sus elementos, así como de los personajes que intervienen, no concuerdan necesariamente con los restos encontrados, su interpretación científica, los hechos acaecidos y las personas que participaron en el descubrimiento y puesta en valor de este yacimiento arqueológico singular. Igual ocurre con el resto de personajes que aparecen en la obra, reales o imaginarios. En todo momento prevalece la imaginación del autor sobre los acontecimientos históricos, aunque en ocasiones puedan observarse ciertos paralelismos o incluso algunas concordancias.

CAPÍTULO 1.

LUCIUS FABIUS VIBULANUS

Caía la tarde en Villa Fabia cuando, como todas las tardes, la niñera llamaba a voces al pequeño Lucio. Era su hora de esconderse. Odiaba el momento de la cena e irse a dormir. Su vida en Villa Fabia era extremadamente placentera. Por las mañanas salía a jugar con los hijos de los obreros, juegos en los que él tenía todo el liderazgo como correspondía a su rango, y las tardes las pasaba jugando en el jardín con sus hermanas. La suya era una familia patricia acomodada, de las de más raigambre en Roma. Desde hacía varias generaciones vivían en una villa al norte de la ciudad, a unas tres horas a caballo. La producción de cereales y legumbres para la gran metrópolis les resultaba un negocio extremadamente rentable, especialmente gracias a los contactos familiares que el padre de Lucio tenía en todos los estamentos de la ciudad. Era la segunda mitad del siglo IV y Roma aún se sentía inmune a los conflictos que se desarrollaban en los confines del imperio.

Todo cambió para Lucio poco después de cumplir los seis años. Debía comenzar su formación y su padre lo envió a Roma, a casa de su hermano Gaio. Este tenía dos hijos mayores, que no le prestaron mayor atención, y Fabiola, de su misma edad, con la que congenió rápidamente. Fabiola le enseñó cómo moverse en la ciudad y, sobre todo, cómo protegerse de la ciudad. Gaio, senador y personaje de gran peso político, había contratado a un tutor privado para la formación de Lucio y Fabiola. Se trataba de Fotios de

Antipatrea, un hombre de avanzada edad, aunque aún no se le podía considerar un anciano, al menos en función de su aspecto exterior.

Fotios era un hombre extremadamente delgado, con abundante cabello y barba blancos, pero su rasgo más destacado eran unos vivaces ojos azules que escudriñaban el pensamiento más recóndito de su interlocutor. Su habla era pausada y no tenía reparos en dejar largos espacios de silencio hasta estar seguro de lo que iba a decir. Nacido en Antipatrea, muy joven cruzó el Mediterráneo hasta Alejandría, donde empezó sirviendo en casa de Teón y terminó siendo uno de sus alumnos más aventajados. Tanto que, desde muy pequeña, se hizo cargo de la educación de su hija Hipatia, quien años más tarde asombraría al mundo por sus estudios en Filosofía, Matemáticas y Astronomía. Fotios siempre retuvo en secreto los motivos de su marcha a Roma, cuando su academia en Alejandría había alcanzado un gran prestigio. En la ciudad se rumoreaba que la causa fue el ambiente hostil que creó en torno suyo el obispo Atanasio, a quien indignaban sobremanera sus enseñanzas paganas y su fama de fomentar cultos místicos entre sus alumnos.

En Roma, el paganismo de Fotios y su interés por las religiones místicas no representaban un problema. Precedido por su fama de alumno aventajado del gran Teón de Alejandría, las casas más nobles de la ciudad se disputaban sus servicios como tutor de sus hijos. Gaio no lo tuvo fácil, pero una cadena de favores le allanó el camino para que, durante unas horas al día, impartiera enseñanzas de Moral, Filosofía, Gramática, Retórica y Matemáticas a su hija y a su sobrino. La conexión entre Lucio y Fotios fue inmediata y se fue haciendo cada día más fuerte. Lucio admiraba a aquel hombre de mirada profunda que, siendo rico, vivía y vestía como el más pobre de la ciudad. Y Fotios vio pronto en él a un discípulo con gran potencial para aprender y para explorar caminos vetados al hombre común. Fabiola, por el contrario, pronto comenzó a sentirse incómoda en su presencia y poco a poco su formación se fue restringiendo a los campos de las Matemáticas y la Gramática.

En aquellos años, el cristianismo resurgía con fuerza en Roma después de los esfuerzos del emperador Juliano, llamado por los cristianos Juliano *el Apóstata*, para restaurar el paganismo en el imperio. La madre de Fabiola era una ferviente cristiana que inculcó la fe en su hija. Al principio, Fabiola trató de discutir con Fotios cuando él hablaba del Uno y ella le preguntaba por Dios, pero pronto entendió que era imposible entablar una discusión con aquel hombre que le hablaba de cosas que nunca entendería y que no tenían nada que ver con lo que le enseñaba su madre. Lucio, por el contrario, fue asimilando las enseñanzas de Fotios y, a medida que las asimilaba, estas las iba ampliando a ámbitos más esotéricos en los que el conocimiento no se transmitía a través de la palabra, sino de la experiencia. Así, pasados unos años, Lucio empezó a acudir también a las enseñanzas que Fotios impartía en su casa, donde les explicaba los principios del zoroastrismo y el mitraísmo y realizaban los primeros rituales de iniciación a esta última religión. Con el tiempo, los rituales se desplazaron a uno de los mitreos o templos mitraicos que había en la ciudad, en el que Fotios ejercía de *pater*.

Con el paso del tiempo, las vidas de Lucio y Fabiola se fueron distanciando. A la edad de 16 años, Lucio ingresó en el Ejército y Fabiola contrajo matrimonio. El ingreso de Lucio en el Ejército era el devenir natural de un joven patricio de una familia bien posicionada políticamente, que reunía además grandes facultades para desarrollar una exitosa carrera política. Su tío Gaio hizo las gestiones oportunas para asegurarle un buen puesto y un buen destino, pero las gestiones de Fotios fueron más eficaces y satisficieron mejor los anhelos de Lucio. Fue admitido en la *Schola Scutariorum Prima*, uno de los cuerpos de la guardia personal del emperador Valentiniano II, que contaba entonces 15 años de edad, dirigida por el tribuno Julio Vero.

La elección del cuerpo militar de destino no fue casual. Al igual que Fotios, Julio Vero había alcanzado el máximo grado de *pater* dentro del mitraísmo y la gran mayoría de los componentes de

su *schola* practicaban esta religión. Lucio ingresó en la *schola* ostentando el quinto grado del mitraísmo, *perses*, siendo el más joven con este grado. Este hecho, junto con la destreza, valor y arrojo que demostró en la formación militar y en las acciones en las que participaron, le convirtió rápidamente en uno de los hombres de confianza de Julio.

La *schola* de Julio estaba acomodada en Milán, donde se encontraba la corte del emperador. Sin embargo, la amenaza de Máximo, comandante de Britania que pocos meses antes se había autoproclamado emperador, forzó su traslado a Tesalónica. Allí, Valentiniano buscaba el apoyo de Teodosio, emperador del Imperio romano oriental. Este apoyo no tardó en materializarse tras el matrimonio de Teodosio con Gala, hermana de Valentiniano. Teodosio reunió en poco tiempo un fabuloso ejército en el que, junto con las tropas imperiales, marchaban godos, hunos y alanos, a los que se unieron las tropas que habían acompañado a Valentiniano, incluida la *schola* de Julio, que formaba una de las unidades de élite de la caballería. Este poderoso ejército, liderado por el mismo Teodosio, partió hacia el oeste con el objetivo de derrotar a Máximo y devolver el poder a Valentiniano, su nuevo cuñado. Las tropas de Valentiniano las lideraba Arbogasto, un enigmático general franco inaccesible para todo su ejército excepto para un hombre: Julio, con el que compartía amistad y religión.

La batalla más feroz se libró contra el ejército de Marcelino, hermano de Máximo, en las afueras de Poetovio. Los dos ejércitos se encontraron al atardecer de un caluroso día de agosto y pasaron la noche en vela esperando cada uno el ataque de su oponente. Al amanecer, los dos ejércitos formaron sus legiones enfrentadas y reforzaron los flancos con sus unidades de caballería. Tras un primer intercambio de jabalinas, las legiones avanzaron hacia una lucha cuerpo a cuerpo en la que cada hombre competía con la muerte como un gladiador. Tras horas de duro combate, el frente de Marcelino se rompió por la fuerte presión de los legionarios de Teodosio, inferiores en número, pero mejor posicionados en

el campo de batalla. Esto provocó gran desconcierto y pánico entre los hombres de Marcelino, que iniciaron una desordenada y vana huida. Inmediatamente, Arbogasto dio orden a la caballería de perseguir y masacrar al ejército en retirada. Lucio nunca se había visto en una situación igual, pero no le tembló el pulso en el momento de empuñar la espada y terminar con la vida de cientos de hombres. Al finalizar la batalla, se sentía tremendamente excitado y exhausto, pero ante todo feliz por la victoria.

Una de las escasas bajas en la *schola* de Julio fue la de su número dos, en la guerra y en la religión, que cayó con la garganta atravesada por una jabalina. Al finalizar la batalla, Julio felicitó a Lucio por el valor demostrado y le anunció que sería su próximo *domesticus* o número dos en la *schola* y su *heliodromus* en la religión. Para esto haría falta una ceremonia en el mítreo, en la que Lucio debía demostrar estar preparado para alcanzar y ostentar el sexto y penúltimo grado, pero a Julio no le cabía duda alguna de que lo estaba.

Enterado Máximo de la derrota de su hermano, huyó hacia Aquileia, donde fue entregado a Teodosio por sus propios hombres, temerosos de un enfrentamiento armado con las tropas del victorioso emperador. Finalizada la contienda, los hombres de Julio se reincorporaron a su misión de protección del emperador Valentiniano II y partieron con él y su ejército, liderado por Arbogasto, hacia la Galia para sofocar algunas rebeliones locales que se habían producido. Aunque Valentiniano seguía siendo el emperador, en la práctica Teodosio asumió el poder de todo el Imperio romano occidental y mantuvo a Valentiniano alejado en la Galia.

Desde su corte establecida en la ciudad gala de Vienna, Valentiniano estuvo varios años recluido viendo como Arbogasto y sus hombres luchaban con fiereza en todo el *limes* del Rin contra los pueblos locales que se rebelaban contra la dominación romana. A diferencia de Teodosio, Valentiniano carecía del valor y liderazgo necesarios para encabezar las misiones militares. Esto hizo que todo el ejército, y en particular su general Arbogasto, le perdieran el respeto e hicieran caso omiso de sus decisiones. La tensión entre Valentiniano y

Arbogasto llegó hasta el extremo de promulgar el emperador el cese del general, a lo que este respondió rompiendo la carta de cese en su propia cara. Argobasto no era hombre a quien le gustara gastar energías en ese tipo de tensiones. Esa misma noche, encargó a Julio que se deshicieran de él. La orden la cumplió de forma casi inmediata con la colaboración de Lucio. Ambos ordenaron a la guardia personal del emperador que se retiraran y entraron en sus aposentos mientras dormía. Lucio, que no le tenía ningún aprecio, lo despertó para que viera quién acababa con su vida. Una vez despierto, lo estranguló con sus propias manos. Luego, ordenó a varios de sus hombres de confianza que lanzaran una cuerda al techo y lo colgaran. Así lo encontraron al día siguiente, suicidado por no haber sido capaz de llevar el cargo de emperador con dignidad, según la versión que hizo circular Arbogasto.

Al tiempo que Lucio iniciaba su carrera militar, Fabiola contrajo matrimonio. Realmente no deseaba casarse, simplemente era algo que una mujer de su edad debía hacer. Su belleza era extraordinaria, por lo que no le faltaron pretendientes que la cortejaran y le propusieran matrimonio. Finalmente aceptó a un abogado divorciado de elevada posición económica y social, bastante mayor que ella. Sencillamente pensó que un hombre así le dejaría hacer su vida sin mayores complicaciones. Nada más lejos de la realidad. Su marido era un hombre extraordinariamente afable de cara al exterior, pero de puertas adentro mostró un carácter violento y tremendamente cruel, que sometió a Fabiola a todo tipo de vejaciones y violencia. Su fe cristiana la mantuvo fuerte algún tiempo, con la esperanza de que su marido cambiara, pero esto nunca ocurrió. Incapaz de soportar por más tiempo la situación, tomó la difícil decisión de divorciarse. Su padre había fallecido, así que regresó a casa con su madre y retomó su vida tranquila. Pronto volvió a ser cortejada y a recibir propuestas de matrimonio, que no tomó ni tan siquiera en consideración, ya que su religión lo prohibía. Sin embargo, sin buscarlo ni desearlo, su corazón se enamoró de un joven y apuesto comerciante. En contra de la opinión de su madre, y aun sabiendo

que esto la apartaba de la comunidad cristiana, contrajo matrimonio y comenzó una vida llena de dicha junto a su nuevo marido, que también la amaba con locura.

En una ocasión en la que su marido se había ausentado por unos días para organizar un cargamento llegado al puerto desde Hispania, su anterior marido, conocedor de la ausencia, accedió a su casa con una falsa excusa y, después de darle una fuerte paliza, la violó salvajemente. El azar quiso que dos días después llegara a visitarla su primo Lucio, quien había acudido a Roma para realizar todos los trámites legales de herencia tras el fallecimiento de su padre. Su tía le facilitó la dirección de Fabiola y, al verla, le exigió detalles de lo que le había ocurrido. Inicialmente, Fabiola trató de ocultar los hechos, pero, ante la insistencia de Lucio, se derrumbó y le contó todo, no solo la última agresión, sino todas las vejaciones que había sufrido en su primer matrimonio. Lucio pasó casi todo el día con ella y, tras despedirse, averiguó la dirección del abogado y se dirigió hacia allí.

Atardecía cuando Lucio llegó a la casa. Al criado que lo recibió le dio unas monedas, le puso la espada en el cuello y le ordenó que fuera a la cocina y no se moviera de allí hasta que él se lo ordenara. El abogado se encontraba sentado tranquilamente en el patio bebiendo un vaso de vino. Al ver a Lucio, se levantó y le preguntó a qué debía tan grata visita. Antes de terminar de formular la pregunta, Lucio le había atravesado el estómago con la espada. A continuación, se sentó, llamó al criado y le ordenó una jarra de vino y una copa. Allí permaneció contemplando indiferente al abogado mientras se retorció en el suelo de dolor y miedo. Dos veces le pidió que terminara de una vez con su vida y dos veces que Lucio siguiera mirándolo sin inmutarse. Volvió a pedir al criado que le llenara la jarra y, cuando vio por su palidez y casi ausencia de movimientos que estaba próximo a fallecer, se levantó, le dio recuerdos de parte de Fabiola y se marchó. Al irse, volvió a dar unas monedas al criado y le pidió que dijera a todo aquel que le preguntara que el doméstico Lucio Fabio había acabado con la vida de su señor.

A Fabiola no le dolió la muerte de su primer marido, pero sí la del segundo, que ocurrió algunos meses después a causa de una repentina enfermedad. Rota el alma de dolor, suplicó el perdón de la Iglesia, que le fue concedido por el sumo pontífice. Desde entonces, dedicó todo su tiempo, su dinero y sus energías a ayudar a los demás, sobre todo a los más pobres y a los enfermos rechazados por la sociedad, como aquellos que sufrían la lepra o enfermedades venéreas. Transformó la casa de sus padres en un hospital y se olvidó de vivir su vida para hacer más llevadera la vida de las personas desahuciadas por la sociedad. Lucio volvería a visitarla una vez más antes de partir para Hispania.

Tras el asesinato de Valentiniano II, la *schola* de Julio se mantuvo fiel a Arbogasto, que nombró a Eugenio nuevo emperador del Imperio romano occidental. Eugenio era ciudadano romano de clase alta y cristiano, lo que llevó a Arbogasto a pensar que el nombramiento sería aceptado por Teodosio. Aun así, el propio Arbogasto forzó a Eugenio a no imponer el cristianismo y permitir los cultos paganos en Roma, lo que terminó enfureciendo a Teodosio, que volvió a reunir un poderoso ejército y marchó de nuevo hacia el oeste, esta vez contra Eugenio y Arbogasto. Este último había trazado una brillante estrategia. Situó el grueso de sus tropas en el valle del río Frígido, justo enfrente del final del paso de los Alpes Julianos, paso obligado para las tropas de Teodosio, y envió al resto de sus tropas a las montañas para cerrar la retirada una vez hubiera cruzado el ejército de Teodosio. La batalla se desarrolló favorablemente para el bando de Eugenio durante el primer día. Se produjo un choque frontal entre los dos ejércitos en el que, tras innumerables bajas por ambos bandos, la balanza empezó a inclinarse del lado de Arbogasto. Cuando la batalla parecía ya decidida, se levantó un viento ciclónico de tal magnitud que el cielo se oscureció y se cegaron los ojos de los soldados, que apenas podían mantenerse en pie. Ante esta nueva circunstancia, ambos ejércitos se retiraron para protegerse. Para los soldados cristianos de Teodosio, esta fue sin duda la respuesta de Dios a sus plegarias

ante la certeza de una batalla perdida. Pero no solo para ellos. Los soldados de Arbogasto que esperaban en la montaña para cortar la retirada a Teodosio, instigados por un oficial cristiano hastiado de los ritos paganos de Arbogasto y sus oficiales más cercanos, lo interpretaron también como una señal. Una vez asentadas las tropas de Teodosio, el oficial cristiano se acercó y pidió negociar. Teodosio lo recibió personalmente y le prometió puestos relevantes para los oficiales y una importante recompensa económica para toda la tropa, que entrarían además a servir en su ejército. Una vez hubo puesto todo esto por escrito, firmado y sellado, todos los hombres bajaron de las montañas y se unieron al ejército de Teodosio.

Con este importante refuerzo y el estímulo en la moral de la tropa que representó el supuesto milagro del día anterior, el segundo día de batalla no tuvo color. Las fuerzas de Teodosio masacraron al ejército de Arbogasto, que apenas pudo oponer resistencia. El emperador Eugenio fue capturado en mitad de la batalla y ejecutado allí mismo. Esto provocó la huida generalizada de los hombres de Arbogasto, incluido el propio general, hacia las montañas. La mayoría de ellos cayeron en su huida atravesados por las jabalinas y las flechas del ejército vencedor. Los que llegaron a las montañas, se dispersaron y huyeron como pudieron. Entre ellos se encontraban Arbogasto, Julio y Lucio, que huyeron juntos y lograron ponerse a salvo. Temiendo la persecución de los hombres de Teodosio, marcharon sin descanso toda la noche hasta que, al amanecer, Arbogasto les pidió parar. Desenvainó su espada y se la ofreció a sus dos oficiales pidiéndoles que le quitaran la vida. Los argumentos y súplicas de Julio y Lucio fueron inútiles; Arbogasto tenía claro que un general que pierde una batalla y huye de forma deshonrosa debe morir. Julio no tuvo valor para hacerlo y se lo rogó a Lucio, al tiempo que le ofrecía la espada. Lucio le dio un fuerte abrazo de despedida y, antes de que pudiera darse cuenta, le había partido el corazón con la espada.

Cargaron con el cuerpo hasta que encontraron un prado húmedo. Allí, improvisaron una especie de palas hechas con ramas de ár-

boles y cavaron lo suficiente para enterrar el cuerpo. Ambos sabían que, por la forma de morir, su alma había muerto también con él. Lo cubrieron de tierra, la apisonaron bien y retomaron el camino. Al no llevar cantimploras, la sed se hizo acuciante a media mañana. Tuvieron la fortuna de encontrar un pequeño arroyo en el que saciaron la sed. Tras dormir un par de horas, estudiaron por primera vez la estrategia a seguir. Hasta ahora todo se había limitado a huir desesperadamente temiendo una persecución. Roma ya no sería un lugar seguro para ellos. Ambos eran bien conocidos en la ciudad como altos oficiales que eran y no tardarían en encontrar quien los asociara con Arbogasto, en cuyo caso serían acusados de traición por haberse enfrentado a Teodosio. Además, ambos estaban convencidos de que Teodosio iba a imponer la cristianización de todo el imperio, lo que les situaba también en una difícil posición en el plano religioso. Sin duda, debían buscar otro destino y empezar una nueva vida. De momento, tenían que llegar a Roma sin ser reconocidos para recoger el dinero que Lucio tenía guardado en casa de Fabiola, procedente de la venta de la villa de su familia.

Ambos conocían bien la zona. Se encontraban a una jornada de camino hasta Aquileia, pero sabían que ese era el punto hacia donde posiblemente se dirigiría Teodosio a recuperarse tras la batalla. Decidieron por tanto dirigirse hacia Pula, que estimaron se encontraba a dos jornadas. Parte del camino la hicieron siguiendo el curso de arroyos para asegurarse la disponibilidad de agua y se limitaron a comer algunos frutos que fueron encontrando por el camino. Llegaron a Pula al anochecer del segundo día, por lo que decidieron dormir en las afueras de la ciudad para no despertar excesiva atención. Al amanecer, recorrieron la parte noble de la ciudad y decidieron entrar en una de las casas que consideraron de mayor rango. Allí se presentaron como soldados de Teodosio y contaron la batalla que había tenido lugar, en la que resultaron prisioneros. Durante la noche, habían podido escapar y dirigirse a la ciudad. Ahora era urgente que llegaran a Roma para ayudar a restaurar el poder de Teodosio. Afortunadamente, se trataba de

una familia cristiana que recibió con gran alborozo la victoria de Teodosio sobre los paganos. Tras una copiosa comida, pidieron unas túnicas y calzado nuevo para evitar ser reconocidos por soldados aún fieles a Eugenio *el Usurpador*. Intentaron pagar la ropa, pero la familia se negó. Luego, compraron unos caballos y contrataron un barco para cruzar el Adriático. En una semana se encontraban ya a las puertas de Roma.

El encuentro con Fabiola fue breve. Julio y Lucio querían correr el mínimo riesgo posible de ser reconocidos, así que se dirigieron directamente a su casa. Esta seguía siendo hospital, en el que ella se había reservado una habitación para vivir. Además, con la colaboración de otras muchas mujeres afines a su causa, había abierto varios hospitales más en la ciudad. Fabiola ya no era imprescindible y había tomado la decisión de recluirse en un convento en Belén para dedicarse a la vida contemplativa y al estudio de las Sagradas Escrituras. Se trataba del convento de la hermana Paula, que había sido muy amiga de su madre y a la que todos en Roma tenían por una santa. Lucio recogió el dinero, que Fabiola le había guardado fielmente durante varios años. Antes de despedirse, le pidió que aceptara quedarse con la décima parte del dinero, que era una gran suma, para dedicarla al cuidado de los pobres y enfermos de la ciudad. Realmente Lucio no lo hizo motivado por la piedad, sentimiento del que carecía por completo, sino por amor a su prima. Un amor que siempre fue más allá de lo estrictamente familiar, aunque se cuidó mucho de exteriorizarlo. Un amor que llevaría siempre en su corazón y que sería su último pensamiento el día de su primera muerte.

Sin dilación alguna, se dirigieron al puerto. Allí tuvieron que esperar diez días hasta que pudieron tomar un barco que se dirigía a Gades para cargar vino, aceite, cereales, *garum* y salazones de pescado. La travesía se les hizo corta. Tal era la necesidad de descanso que ambos tenían que pasaban la mayor parte del tiempo acostados y, cuando despertaban, bebían lo suficiente para retornar enseguida a los brazos de Morfeo.

En Gades permanecieron más de seis meses. No solo no tenían aún decidido dónde ir ni qué hacer, sino que el ambiente que encontraron de vino y mujeres les subyugó. Fue Julio quien, gradualmente, fue forjando en su mente el deseo de partir e iniciar la nueva vida a la que ambos habían sido arrojados. Durante los seis meses que pasaron en Gades no hablaron de otra cosa. Iban a pasar el resto de sus vidas en el campo dedicados a la agricultura, como otrora hiciera la familia de Lucio, y a expandir el culto a Mitra entre los habitantes de estas tierras. Para ello, el plan inmediato era adquirir una villa. Ninguno de ellos pensaba en familia e hijos. Vivirían una vida plena basada en la agricultura y la religión.

Decidieron dirigirse a Corduba, capital de la provincia Baetica, pero no llegaron hasta la ciudad. El cuarto día de camino pararon en una taberna próxima a Astigi para pasar la noche. Bebieron bastante vino y entablaron una animada conversación con el tabernero, que era un hombre muy informado de todo lo que ocurría en la zona, gracias al intenso flujo de viajeros que pasaban y paraban en su establecimiento. Julio y Lucio le contaron sus planes de comprar o edificar una villa por aquella zona. Su interés era disponer de una gran extensión de terreno para producir cereales, legumbres, aceite y vino. Para ello, su destino era Corduba, donde esperaban encontrar información sobre cómo y dónde podrían encontrar villas y terrenos en venta. El tabernero les sirvió otra jarra de vino, se sentó en su mesa y les dijo que estaban de suerte. Hacía pocas semanas había estado allí un hombre bastante acaudalado que tenía una villa no lejos de Ostippo, que le contó que estaba buscando comprador. No había tenido hijos, solo una hija, y la agricultura no era una profesión que le gustara especialmente. Si conseguía vender la villa y las tierras a buen precio, podría vivir de las rentas y llevar una vida tranquila, que es lo que ambicionaba. El tabernero no recordaba su nombre, pero no les sería difícil localizarlo en Ostippo, donde tenía su casa.

Salieron al amanecer del día siguiente y alcanzaron Ostippo a media tarde. La ciudad era pequeña y no les costó encontrar al

propietario de la villa, que vivía en la casa más señorial de la ciudad. Marco vivía solo con su hija tras el fallecimiento de su mujer pocos años atrás. Livia era una joven de una gran belleza y pronto aprendieron que también de gran cultura. Marco tenía una buena librería, algo que nunca hubieran imaginado en una ciudad de esas características: Cicerón, ambos Plinios, Séneca, Vitrubio, Julio César, Columela. Julio pidió permiso para examinarlos más de cerca y se quedó sorprendido al encontrar obras tan inesperadas como varias de discípulos de Pitágoras, como Apolonio de Tiana. Marco le explicó que los libros eran su único entretenimiento, por lo que visitaba periódicamente una librería en Corduba, donde encargaba copias de libros. Tenían una buena variedad de autores actuales y clásicos y, aunque el precio de las copias era elevado, se podía permitir comprar un buen número de ejemplares cada año. Livia era también una lectora ávida que esperaba con ansiedad la llegada de nuevos libros.

Marco les invitó a cenar y pasar la noche en su casa. Lucio explicó el motivo de su viaje a Hispania: habían finalizado su servicio en el ejército y querían cambiar radicalmente de vida, dedicarse a la agricultura y vivir en la paz y aislamiento del campo. Ninguno de ellos mencionó esa noche la posible compraventa de la villa y las tierras de Marco. Fue a la mañana siguiente cuando Lucio se dirigió directamente a Marco y le planteó que le interesaba comprar su villa. Decidieron ir a verla al día siguiente. No se encontraba cerca, pero tampoco demasiado lejos, a unas cinco leguas. Marco le explicó que no necesitaba desplazarse a la villa con mucha frecuencia. Tenía un capataz de total confianza, que a su vez tenía varios ayudantes y un número variable de trabajadores dependiendo de la época del año. El capataz y sus ayudantes vivían con sus familias en unas casas independientes junto a la villa y los trabajadores pernocaban en alguna de las naves empleadas también como almacenes.

A la mañana siguiente partieron hacia la villa. Esta estaba abandonada y medio derruida. Únicamente mantenía bien conservadas las instalaciones propiamente agrícolas, principalmente los graner-

os y almacenes. No disponía de bodega ni de molino de aceite. Marco prefería vender la cosecha y evitar así las complicaciones de la producción del vino y el aceite. A un par de estadios se podían apreciar las casas del capataz y ayudantes y, algo más separados, los establos. Junto a la villa discurría un caudaloso arroyo que facilitaba toda el agua necesaria. Era finales de primavera y los cultivos mostraban un aspecto envidiable. Las tierras de cultivo de la villa ocupaban unas 250 yugadas, la mitad de ellas de viña y olivar y la otra mitad de tierra calma. Los cultivos se encontraban bastante avanzados; el trigo y la cebada estaban espigados y las legumbres ya mostraban vainas bien granadas. Vieron también unos cultivos que Julio no consiguió identificar y que resultaron ser cebollas y ajos. Se trababa de unas tierras de excelentes propiedades para el cultivo, según Marco, y permitirían producir vino y aceite de excelente calidad si se construía una bodega y un molino, que era precisamente la intención de los visitantes extranjeros. La villa en su conjunto debía ser reconstruida y ampliada. Una gran obra, pero para eso habían venido y a ello tenían la intención de dedicar todos sus esfuerzos en los próximos años si Lucio llegaba a un acuerdo económico con Marco.

Regresaron la tarde siguiente tras haber inspeccionado cada palmo de la villa y haber realizado una completa visita a los cultivos. Habían discutido con el capataz todo el potencial de las tierras y las necesidades para transformar la villa en una cómoda vivienda, al tiempo que dotarla de los servicios necesarios para mejorar la producción, conservación y transformación de los productos. Ambos tenían gran interés en producir su propio aceite y vino y, en un futuro no muy lejano, ampliar la producción con la compra de nuevas tierras y con las cosechas de los agricultores de la zona.

Una vez en Ostippo, disfrutaron de un agradable baño y una abundante cena en casa de Marco. Tras la cena, Livia les obsequió con una velada literaria en la que recitó una selección de poemas de Lucano. Esa noche, las miradas de Lucio y Livia se cruzaron con más intensidad de lo habitual en varias ocasiones, lo que no

escapó a la capacidad observadora de Marco. A la mañana siguiente, Lucio y Marco se sentaron a hablar de las condiciones de la venta. No hubo ningún obstáculo para alcanzar un acuerdo inmediato: Marco estaba deseoso de vender y a Lucio no le importaba excesivamente el precio a pagar, máxime cuando su corazón se encontraba ya alterado por la bella Livia. La única condición que puso Marco es que, mientras reconstruyeran la villa, ambos permanecerían como invitados en su casa. El acuerdo se materializó con un abrazo entre ambos y se formalizó ante notario varios días después en la vecina ciudad de Astigi.

La relación entre Lucio y Livia avanzaba a pasos agigantados, por lo que Julio comenzó a sentirse un poco incómodo en la casa. Habló con toda franqueza con Lucio y le planteó que él se encargaría de la gestión de la explotación y de la reconstrucción de la villa, siempre de acuerdo con él, pero se iría a vivir a la villa de forma inmediata. Desde allí sería más fácil gestionarlo todo. Pensaba que se trataba de un acuerdo justo. Lucio había puesto todo el dinero y ahora a él le tocaba hacer el trabajo. Además, ambicionaba la soledad. Tras años encadenando una batalla tras otra en el ejército, necesitaba reorganizar su mundo interior, centrarse en el análisis de su alma y su equilibrio con las fuerzas del cosmos. Solo alcanzando de nuevo el equilibrio podría retornar a la plenitud espiritual de la que gozó en sus años de formación religiosa, lo que le permitiría también reemprender la enseñanza de la religión, que era al fin y al cabo el objetivo último que ambicionaba en la vida.

Lucio y Livia no tardaron mucho en hacer públicos sus sentimientos. Ambos hablaron con Marco y le manifestaron su intención de contraer matrimonio. En los meses transcurridos desde su llegada, Lucio ya se había convertido en un personaje extremadamente popular no solo en la ciudad, sino en todos los alrededores. Corrían rumores sobre su enorme fortuna, su pertenencia a estamentos muy altos del ejército, su amistad con varios emperadores, pero sobre todo que se trataba de un noble patricio de una de las familias de más abolengo del imperio, la familia Fabia. Para

una pequeña población como Ostippo, tener un personaje de esas características entre sus habitantes era una gran suerte. Todos ellos se sentían orgullosos de tener a Lucio como vecino y lo agasajaban continuamente. Esto no molestaba en absoluto a Lucio, todo lo contrario. Se sentía por primera vez en su vida relajado y libre de presiones. No tardó mucho tiempo en ser nombrado edil e invirtió parte de su dinero en hacer reformas y mejoras en la ciudad.

La boda fue uno de los acontecimientos más celebrados y recordados en Ostippo. Livia, al igual que la mayoría de habitantes de la ciudad, era cristiana. Lucio no había querido contarle sus creencias religiosas. Sencillamente, se había limitado a expresarle que no era cristiano y que no tenía interés en serlo. Pero no tuvo inconveniente en casarse siguiendo una ceremonia cristiana. Tampoco lo tuvo Julio, que como *pater* tenía que dar el consentimiento para que Lucio pudiera someterse a una ceremonia de otra religión. Toda la ciudad, independientemente de la clase social, estuvo invitada a la celebración. Lucio invitó también a otros personajes relevantes de ciudades vecinas. El acontecimiento reforzó considerablemente el prestigio social de Lucio, que sin duda se había convertido en poco tiempo en un personaje de referencia en toda la comarca.